

La razon de manifestarse el gobierno mas llano á tratar sobre la parte N. de la Alta California que sobre N. México es de aquellas que no se pueden decir por un mexicano en su totalidad en presencia del enemigo y pendiente el desenlace que ha de tener esta cuestion Una de ellas solamente se podrá indicar y es la misma que para lo contrario alega el S. Otero: el derecho de los Californios á la proteccion del Supremo gobierno es igual al de los CC. de Nuevo-México: su conducta en esta vez lo ha sido tambien; pero la poblacion escasísima de Californias está dividida en grupos muy distantes. Hablo solamente de la Alta, por que se sabe que la península no vale nada, ni ha servido hasta ahora mas que para secar sus velas los balleneros en sus elevados y encrespados peñascos. La poblacion mexicana que queda fuera del O.º 37 es la que habita el puerto de Monterrey y una que otra en la izquierda del S. Buenaventura: todas las circunstancias que menciona el S. Otero como propias para hacer rico el terreno que media del O.º 37 al 42, las tiene el que media del 37 al 26: si allá son 5 grados, de este lado son 11, es decir, mas del doble: y no solo mejor por disminuir de latitud, sino intrinsecamente en sus cualidades agricolas y minerales.—

Tratandose de territorio, como territorio, no en contrará el Sr. Otero una sola simpatia entre todos sus conciudadanos, empeñando una guerra desastrosa, no ya por un palmo, como S. S. dice, ni por regiones dilatadas, en un país que con 27 años de existencia no ha sabido favorecer la poblacion de sus fronteras, ni con colonizaciones europeas, [al guna de los cuales ha sido propuesta en contrata por el que suscribe desde Burdeos en 1832], ni con colonizaciones militares, ni con la poblacion ociosa y viciosa de las capitales, ni con la deportacion de los sentenciados en las causas criminales, que habria sido la mas filosofica y filantrópica de los penitenciarias: en un país al-reves de la Europa: alla se calculan 410 habitantes por legua cuadrada, cuando entre nosotros hay 410 leguas cuadradas por habitante. Un hombre de juicio, un estadista, un escritor publico, y diputado, y que escribe al gobernador de un Estado, ¿puede opinar que una nacion con estas circunstancias, ni ninguna en este mundo, promueva, empeñe, ó prolongue una guerra por territorio? ¿Porqué los escritores amantes de la humanidad y la humanidad toda han condenado al odio de la historia á los reyes que por tal motivo han traído á sus súbditos el mas cruel azote del cielo, sea

por pretender usurpar territorios, sea por defenderlos mas allá de lo que esije el honor bien entendido de un imperio, sea por no atender al bien estar de mayor número de sus súbditos que el de los habitantes del terreno disputado? ¿Nada valen á los ojos del Sr. Otero los derechos, los sacrificios, las fortunas de los habitantes de la capital y de todos los que en la República y fuera de ella tienen relacion con ellos? ¿Quien ha sido la ciudad de México? Lo mas florido de su poblacion, lo que es el verdadero pueblo, el hijo de familia acomodada, el abogado, el comerciante, el empleado, el artista, el artesano, muriendo en los batallones de guardia nacional: los préstamos, las contribuciones extraordinarias, to la clase de gravámenes pesando de preferencia, y algunos solo y esclusivamente en el distrito federal: muchas, incontables de sus familias, pobres y honradas, que vivian de la labor de sus manos y compuestas de una Sra. viuda y de sus tiernos hijos, ó de una doncella virtuosa, á cuyos desvelos y ternura deben el escaso pan sus pequeños hermanos, huérfanos como ella, ahora vagando, sin asilo, sin hogar, sin quien acepte el ofrecimiento de su trabajo, ni el escritor, que grita guerra buscando popularidad, por que esa guerra otros la han de hacer y otros son los que padecen por ella Este es México y este cuadro no se pinta con la creencia de que la guerra se puede hacer sin sacrificios, por que no es lo doloroso de ellos de lo que se queja, y tiene derecho á quejarse la capital, sino de su inutilidad, por el aislamiento en que se la ha dejado y de que no han de ser continuados. Hace cerca de dos meses cayó la capital: ni una autoridad, ni un solo hombre han ido en su auxilio: ni oficial ni popularmente se ha dado un signo de vida. La perdida de su capital para la República ha sido la cuestion de Argel. Para mas ha sido en esta misma cuestion la República de Centro America, de cuya soberanía ó independencia nadie podrá dudar. Si hay en esto una escepcion, permitasele al que escribe la vanidad de sentir y de decir que solo su Estado, soio Jalisco, siempre Jalisco en las grandes ocasiones, ha mandado despues otra mas partida de mas de mil hombres y cuatro piezas con 18,000 pesos, presupuesto de mes y medio, sin perjuicio de seguir construyendo mas armas y organizando mas fuerzas. En lo demas, se ha visto pasarse un mes sin que la Nacion tenga gobierno. Y el congreso nacional lleva cuatro meses sin reunirse; á bien que la cosa no urge: es asunto mexicano. Vale á mis ojos mas, decia una vez en el senado D.

Manuel Gomez Pedraza, la sangre de un mexicano, que todo el territorio de Tejas. Esta autoridad es respetable para el Sr. Otero si no lo fuere su dicho.

Un hombre de Estado [no hablo de un estadista, sino del que tiene en sus manos la suerte de un Estado] debe en conciencia, para resolverse á la paz ó á la guerra, pesar los derechos y los intereses de todos su conciudadanos, los mas inmediatos á el como los mas distantes, todos los azares de uno y otro extremo, el precio de sus victorias, las circunstancias presentes y los siglos venideros. Este deber de conciencia trató de llenar la administracion del Señor Santa-Anna y ella es hoy inculpada por unos, por que no hizo la paz, tal cual se la dictó el enemigo, é inculpa la por otros, entre ellos el Sr. Otero, por las concesiones que le hacia!

No sé como diga el Sr. Otero que perdido Tejas, los americanos aumentan su frontera sobre nuestros Estados; cuestion de compas y de esactitud en las cartas geográficas, que no viene al caso, pero que es un error del Sr. Otero, de que no me ocupo por pasar adelante.

Es otro error del Sr. Otero lo de las posesiones australes de los americanos en las costas del pacifico é imbuje en error á sus lectores con la especie de que los tiene en disputa con la Inglaterra: sobre que no tiene ningunas, ni ha habido ni hay cuestion con la Inglaterra sobre ellas.

A una estension de terreno que por el contraproyecto quedaría á los mexicanos en la Alta California desde el O. ° 26 hasta el 37 llama el Sr. Otero *línea matemática* y cuenta las naciones pobladas de Europa y mas poderosas que los Estados Unidos y que nosotros, que caben en el que sigue del 37 al 42! ¿y no encontraría trivial el Sr. Otero que yo le contase las naciones que cabrían en el doble terreno que nos quedaria de la Alta California? ¿y es el Sr. Otero el que mide la grandeza de una nacion por la de sus tierras? y ¿cuando la República mexicana tendrá las suyas pobladas en proporcion de las naciones que dice el Sr. Otero que cabrían en ellas? Si por línea matemática ha querido decir que el gobierno dejaba á los dos pueblos en contacto, es inexacto, por que exigió en toda la frontera un desierto de 20 leguas.

Por lo que toca al porvenir próximo de las Californias si se le cede una parte á los americanos que pinta el Sr. Otero, estoy enteramente conforme con S. Señoria y convencidísimo de eso antes

de que S. Señoria tubiera la ilsuion de ser quien lo revelara: igualmente conforme en la conveniencia de que nosotros no perdamos, y mucho menos que los americanos ganen un palmo en las costas de las Californias.—¿Quien que lea esto no estará conforme en tan facil y tan obvia verdad del Sr. Otero? Sinceramente me alegro que no se hubiera concluido el tratado, con todo el pasmo del Sr. Otero de que esa orgullosa y codiciosa nacion no se hubiera apresurado á aceptarlo ¿Que se hubiera dicho? El hecho de no haberse contentado con ello, no obstante, segun dice el Sr. Otero, su orgullo y su codicia, es la respuesta que se debe dar á si mismo S. Señoria, esto es, que es necesario irles á quitar aun lo que ya se han robado. El comisionado de aquel gobierno contó á los del nuestro, que innumerables empresas de todos géneros estaban preparadas para Californias y Nuevo-Mexico y, que no esperaban para plantearse mas que la conclusion de las negociaciones con México, cualquiera que fuera su resultado, por que de hecho ó con derecho iban las grandes compañías empresarias y los trabajadores y los trenes á entrar en una y en otra parte.

Todas, absolutamente todas las dificultades que pulsa el Sr. Otero para contener á los americanos en la línea que se trazaba de límites que S. Señoria llama matemática, las encuentra todo el mundo en la que hoy tienen. Pregunto al Sr. Otero ¿son ellos y sus influencias mas contenibles en el O. ° 42 que en el 37 de Californias, en el 275 de longitud, meridiano de la Isla de Fierro, límite oriental de Nuevo-México, que en el 26 de latitud, límite al medio dia del mismo, que ellos pretendian? Aunque no quiera el Sr. Otero, tendrá que confesar que la cuestion es de hecho.

Que la guerra, como el hambre, como la peste, como el aluvion, como el terremoto, es un acontecimiento físico, que no está del todo en las manos del hombre dirigirlo, ni contenerlo cuando quiere, ni enfrenarlo, ni concluirlo como quiere; de la manera que no está apagar el fuego que el mismo encendió en un deposito de materias inflamables. Que su proposicion que pretende hacer [prescindiendo de su inconstitucionalidad] y que el mandato de un Congreso para que el gobierno no haga la paz, sino con tales ó cuales condiciones, equivaldria al mandato á las nuves para que no llovieran mas que leche y á determinadas horas. Los hechos son los que determinan las condiciones de una paz y vencidos y vencedores, en las mas grandes

guerras de este mundo, han tenido en todo tiempo que recibir la ley de los hechos, aunque hayan sido muy poderosos, tan fabulosamente poderosos como el congreso de la República mexicana.

Otra de las pruebas de la poca ó ninguna sinceridad del Sr. Otero en su escrito, es su declaracion de que lo publica para que la nacion repruebe el tratado. ¿Cual tratado el dia 16, Sr. Otero? El de que se habla se habia convertido en guerra, en toma de la capital, en muertes y saqueos en esa fecha. ¿No está esto manifestando que ese trabajo se hizo antes de los acontecimientos y que le dió dolor al Sr. Otero que se le quedase en el cuerpo?

La proposicion que el Sr. Otero nos anuncia hará en el congreso es precisamente una de las instrucciones que se dieron á los comisionados del gobierno y si se modificaron para conseguir la paz, es esta una prueba de que no está en manos de los gobiernos hacerla como quieren. El primer obstaculo con que aquel tropezó fué el quedar sin comisionados que fueran á entenderse con el de los Estados- Unidos. Público es que el gobierno á cuyo gefe el general Santa -Anna se ha atribuido tenerlo todo concluido secreta y previamente con los Estados Unidos y de quien el Sr. Otero dice que no busca gentes de todas opiniones, llamó para comisionarlos á tratar de los términos de la paz, á individuos de todos los colores políticos, de puestos eminentes en la República por eleccion de ella misma, y público es, que algunos no quisieron arriesgar su popularidad, otros pusilánimes huyeron el cuerpo á la situacion, sin embargo de que todos opinaban por la paz, y aprobaban la conducta del gobierno, algunos en aquel acto mismo y los demas antes ó despues. De paso es preciso decir que cuando los individuos de un pueblo no tienen el temple de alma necesario para cooperar de la manera que cada uno pueda ó para lo que lo llaman, ese pueblo no se salvará, ni es digno de que se salve. Afortunadamente no todos los CC. del pueblo mexicano son así; pero lo primero que produjeron las instrucciones en el sentido de la proposicion del Sr. Otero fué la renuncia de los comisionados que habian aceptado y comenzado la negociacion; hombres todos eminentes por su saber, por su puesto, por su carrera y en aquel acto eximiamente meritorios: el Presidente de esa comision, uno de los generales de la independencia, habiendo merecido de su patria muy recientemente una votacion unánime para su primer Magistrado y en esta misma campaña conduciendose con una dedicacion á ella y una lealtad al general

Santa -Anna dignas de su caracter. Con permiso del Sr. Otero y por lo mismo que hombres tan ilustrados como el Sr. Otero han escrito censurando la obra de los comisionados, yo aprovecho la ocasion para proclamar, como mexicano, y como ministro de quien recibieron sus instrucciones, escritas y de palabra, que han merecido bien de su patria y para darles las gracias á nombre de ella por que le prestaron un servicio tan eminente y tan preclaro como si hubiesen ganado cada uno diez batallas. Su patria y el mundo les harán justicia; yo me adelanto á hacersela con tanta mas obligacion, cuanto que las luces de cualquiera de ellos eran necesarias para suplir las muchas que faltaban al ministro. En todo lo demas, es decir, en la conveniencia de preferir México la pérdida de su nacionalidad á la aceptacion de una paz que repugnara su verdadero honor, estoy y estubo el gobierno enteramente conforme con las doctrinas del Sr. Otero; por eso se aventuró á la guerra con los elementos que tenia, por eso perdió en ella y por eso prefirió dejar el poder y proponiendose el gefe continuarla como súbdito, dejó la investidura de Magistrado y la cuestion en manos de la nacion, para que ella, y no el, la terminara á su arbitrio.

En cuanto á la esplicacion que se ha dado á nuestras pérdidas por gentes que olvidan hasta el riesgo de no ser tenidas por racionales, el Sr. Otero ha mostrado sensatez. No se ha menester en efecto colusion con el estraangero para esplicar el fenómeno de la presencia de un puñado de enemigos en el seno del pais. Mádigno todavia se habria mostrado el Sr. Otero de sí mismo, si no se hubiera quedado á la mitad del camino, si hubiera dicho en su escrito lo que mas de una vez ha dicho en lo particular, si no siguiera diciendo voces vagas é indeterminadas de esfuerzos, de sacrificios, de constancia; no es eso, no es eso. No hay constancia que valga, ni dejan de ser inútiles los sacrificios, en tanto que la constitucion no se observe en su espíritu y en su letra, haciendo que en materias generales y la primera de todas, la independencia contra ataques de enemigos estraangeros, la nacion no sea mas que una; una é indivisible. ¿Qué hace un pobre gobierno, aunque se componga de Angeles por lo puro y de demonios por lo valiente y lo sagaz á quien se le dice de todas parte: si haces la paz no te reconozco y si haces la guerra, no te doy para ella? ¿Qué hace este gobierno cuando entre los gobiernos mas realmente soberanos que él, é independientes de él, ó que pre-

tenden serlo en esta materia, circulaban comunicaciones oficiales haciéndose escitativas para negarle todo auxilio, cuando en lugar de exaltar el espíritu de los pueblos, se publicaban las especies mas calumniosas por inverosímiles y vulgares que fueran y en oficios dirigidos á los ministerios se insultaba directamente al gefe del Estado con la mayor procacidad? Yo no pretenderé defender á aquel gobierno en todos sus actos de administracion, ó en sus opiniones, en muchas de las cuales no fué conforme la mia sobre el modo de hacer la guerra.

Yo estube instando porque no se dejara al enemigo salir de Puebla y por que se le atacara en todas partes cuando salió: repugné y repugno siempre el sistema esclusivo de trincheras. Esta opinion no es solo mia, ni de escritores modernos. Un antiguo historiador de la vida de Carlos XII de Suecia dice: „Ordinaria cosa es á tropas atacadas en sus trincheras, ser derrotadas, por que los que acometen, tienen siempre un impetu, que no puede hallarse en los que se defienden; y el esperar á los enemigos en sus lineas, es de ordinario una confesion de su flaqueza y de la superioridad de sus contrarios.” Dice esto el historiador refiriendo la batalla de tres dias en Narva, en la que ochenta mil hombres fueron derrotados por ocho mil. Esta era toda la fuerza, mitad infanteria y mitad caballeria, con que se adelantó un joven de 18 años y sin dar tiempo á que se viera su pequeño ejército acometió el cuerpo avanzado de Pedro el Grande, compuesto de 5,000 hombres. Los 20,000 que estaban detras de ellos, amedrentados viendo á sus compañeros retroceder, casi no resistieron y fueron á llevar el desorden á los 30,000 que estaban avanzados una legua del campo. En seguida y con los 150 cañones que se les cojieron se penetró á Narva &c. No deja esta historia de parecerse á la que ha pasado en nuestros dias, para apoyar que yo y los que pensaban como yo, ¡teniamos razon; pero aunque con diversas opiniones, por las cuales nadie es responsable, segun la ley de 24 de Marzo de 1813, hasta el cielo levantaré mi voz en defensa de las intenciones, del valor en el combate, de la infatigabilidad, de los desvelos del general Santa-Anna, solo comparables á su inmenso infortunio: levantaré la voz para revelar al mundo, que algo y mucho de lo que le han imputado sus enemigos, ellos son los que lo hicieron, asi en faltar á la defensa entregando el pais, como ejerciendo una omnipotencia que hiere todos los dere-

chos del mexicano, todos los derechos del hombre: la historia no refiere nada que se parezca á su arbitrariedad y despotismo. Los que esto conocian y estan bien hallados con la posesion de sus casica2gos á la sombra de frases que ya no engañan á nadie, decian que una victoria del general Santa-Anna amenazaba la soberania de los Estados, es decir, la de ellos, y á las libertades públicas. Ahí está Scott en México resolviendo las libertades públicas. Ya se vé ¿qué les importa México á muchos de ellos, con tal que no les toquen á su soberanía? No mas que Argel y que Pekin; plausible mas bien les ha sido su pérdida, por que ven en ella el castigo de la *corrompida* Babilonia; y los virtuosos que afectan llorar por la Santa Sion todavía no se mueven despues de dos meses que ya no hay que desconfiar del abuso que se hará de la victoria! ¡Ridículo y farsa, y engaño á los pueblos y despotismo real!

Daré otro ejemplo de que yo no pretendo se tenga por immaculada aquella administracion en todos sus actos. Un punto en que no defenderé al general Santa-Anna es su prudencia inoportuna con sus ingratos y ruines enemigos y la impunidad en que quedaron los que siempre le comprometieron. El hombre que recibió balazos en sus propios vestidos, que vió caer á su lado personas de su propia servidumbre, no tuvo nunca valor para hacer un ejemplar. Otra acaso habria sido nuestra suerte si desde el principio se hubiera aplicado la ley: si bien el Sr. Otero confiesa que „del principio al fin, no ha habido mas que impunidad” y ¡de eso no se hace cargo á las otras administraciones que ha habido del principio al fin! Bien pueden algunos dar gracias á Dios, de que hayamos perdido, por que á alguno de los que dependian de la parte del despacho que me estaba encomendada, les iba en aquella misma semana á desnudar de los medios de hacer mal y á someter á un juicio.

No es venciendo al enemigo comun como un partido quiere vencer á su contrario, cómo quiso el general Santa-Anna vencer á sus enemigos personales, bañandolos con la gloria que él adquiriese. Así fué que los mexicanos, amantes de una administracion nacional y amigos en lo particular del Exmo. Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, fueron heridos como de un rayo, al ver el decreto de destitucion de aquel general: llevaron sus dos manos á la cara en su profunda verguenza y pesadumbre. No entro á considerar la infraccion notoria de la constitucion y del acuerdo del congreso cuan-

do le concedió el permiso para mandar el ejército del Norte; me contraigo solamente á la política del decreto, á los nuevos disturbios á que puede dar lugar y á la opinion del extranjero acerca de él. Y ¿quienes le han de juzgar? ¿los que corrieron? ¿los encargados de no perdonarle la falta de haberlos perdonado á ellos? . . . Y ¿por qué aparece este decreto impreso en México antes de que se supiera en el lugar en que se dió? ¿era una satisfaccion á Scott por los daños que le ha hecho el general Santa-Anna? Me acuerdo cuanto instó y cuantas veces me repitió, desconfiando de que le comprendiese, que no dejase de asegurar al Sr. Peña y Peña en el oficio con que le comunicase el decreto de dimision, su firme voluntad de sostener su gobierno así en la guerra como en la paz y que emplearía lo que le quedase de ascendiente en el ejército y en sus amigos para impedir y reprimir cualquiera rebelion contra su gobierno y el del presidente interino que se nombrase por el congreso: recuerdo tambien que desempeñé este encargo y se me ha representado despues bajando por su voluntad del solio de la 1.^a magistratura de una nacion, llamando al ciudadano designado por la ley, pero retirado del teatro de los sucesos, tomarle por la mano, apoyarse en ella el ciudadano para subir y tan pronto como asentado levantar el pie, herirle con un golpe en el rostro y no contento con hacerle rodar las gradas, espulsarle del concurso, despreciando el apoyo que le ofreció. Imposible que yo me pueda figurar semejantes sentimientos en el Exmo. Sr. D. Manuel de la Peña y Peña; mas cuando el que gobierna, no gobierna por sí y condesiende en hacerse instrumento de pasiones ajenas, cae un gran desaliento en los ciudadanos. [á]

Abundo tanto en el concepto que emite el Sr. Otero acerca de la paz en aquella parte que puede depender de una nacion, que la no-

[á] Ya en prensa este papel fué llamado el nuevo ministerio al congreso para darle cuenta en la sesion del día 5, de su política con respecto á la guerra. El Exmo. Sr. Ministro de relaciones despues de una larga esposicion en que habló de la energia del gobierno para mandar procesar á todos los militares que habian faltado al honor desde el general Santa-Anna concluyó con estas testuales palabras. „Al gobierno actual no se puede hacer cargo de lo que no ha

che que se aceptó el armisticio y se entró en ese camino, inevitable ya despues de los acontecimientos del día, renuncié el ministerio. El Sr. presidente tubo la dignacion de hacerme ir á su presencia por repetidos recados y en honor de la verdad y como se debe escribir la historia, debo decir y publicar á la nacion, que las ideas del Sr. general Santa-Anna eran y fueron mas patrióticas y mas previsoras que las mias, en los motivos de aceptar el armisticio y en el carácter que se habia de dar á las negociaciones que iban á abrirse. Lo prueba su conducta de entonces y de despues: lo prueba su situacion actual.

En cuanto á honor de las naciones, el público tenia derecho á esperar de un escritor con la investidura del Sr. Otero, que se sirviera precisarlo y apoyarlo con lo que todas ellas se hayan convenido en dar por significado á esa palabra; por que si es verdad que se hubieran podido librar mas batallas y de mejor modo, si es verdad que tenemos al enemigo en el corazon de nuestro país, esto no ha sido sin combatir y el parte que dió Taylor y los que han dado los demas generales, y lo que dice el Sr. Otero de la Angostura y han dicho los escritores enemigos de Churubusco, del Molino del Rey, de Chapultepec, de la garita de San Cosme y de nuestra artilleria y de algunos cuerpos de nuestra infanteria principalmente nacionales y que despues de los sucesos del 19 y 20, se resistiera el gobierno mexicano á hacer la paz como el enemigo la quería no creo que dejen descubierto el honor de una nacion. ¡Es necesario ser hombre de partido para complacerse en llamar el deshonor sobre su propia patria!

hecho, por que ha obrado con lo que ha tenido: lo que ha hecho es haber conservado el orden é impedido los pronuuciamientos, que no ha sido poco. Lo que se tiene derecho á preguntar es: ¿ha faltado á sus juramentos? ¿ha hecho traicion á la nacion?" Yo felicito al Sr. general Santa-Anna por esta defensa que, haciendola de sí mismo, le ha proporcionado el Sr. Rosa. Punto por punto creo que podrá decir lo mismo aquel Sr. general y aun añadir una prueba de que no faltó á sus juramentos, diciendo: al disiparse el polvo que levantó la bomba caída á mis pies en las faldas de Chapultepec, no me acuerdo haber percibido á ninguno de mis acusadores, ni entre los muertos ni entre los que sobrevivieron.

La potencia que no era conquistada de las de Europa á principios de este siglo, estaba invadida y pagando la mantencion de sus invasores; casi no hubo una que no hubiera visto á los franceses en su capital. Si algunos se rieron del proyecto de un desembarco en la de la que estaba separada del continente por el canal de la Mancha, á fé que ella no se reia. Pues bien, esa Francia con sus 600 mil hombres, con su capitan el mas ilustre de nuestros siglos, con una unidad, una prosperidad, un órden de 16 años, fruto de la sabiduria de ese mismo capitan, esa Francia tubo á los estrangeros en Fontainebleau y al año siguiente los tubo en su capital, é hizo la paz de Paris, por la cual quedó reducida á menos límites, que antes de emprenderla y por muchos años fué humillada por los estrangeros: con mas, que en esa tan grande Francia hubo sus *ragusadas*; algun historiador hablando de esos dias por boca de un granadero dice „Ça manquait á sa parole trois fois par jour et ç'a s' appellait des princes." Mil y mil veces gracias á Dios que el pueblo bárbaro que nos ha venido del Norte, no ha encontrado aun una sola simpatía, ni en quien empezar á emplear sus ruidosos tres millones. Con que si el perder es deshonor, tendrá el Sr. Otero que confesar, una de dos cosas; ó que su señoría ignora que todas las naciones han perdido á su vez, ó que el honor no está vinculado á la victoria, por que todas estarian deshonradas. Por mi parte yo declaro al Sr. Otero que prefiero á mi nacion perdiendo en Churubusco, mil veces antes que verla ganar como se ganó á Veracruz y Ulua.

Si por deshonor entienden los que dicen que estamos deshonrados que hemos debido triunfar, que los que nos han vencido no son el ejército de Italia, ni el de Egipto, tienen muchisima razon. Cuando se piensa en los elementos que hemos tenido: en la inaccion en que estamos con una indiferencia insensata que nos hace dignos de nuestra suerte: en lo facil que hubiera sido y sería; atrapar á todos los conquistadores, y hacerles pagar caras sus victorias: en lo que importaba el contra golpe en los Estados-Unidos, cuyos diversos intereses los han espuesto ya á romper la union: cuando se piensa en las ningunas simpatías que tiene entre los otros ese pueblo tan bien descrito por Mrs Trollope: cuando en fin se vé con tanta evidencia que la peste y el aluvion en esta guerra, no es el ejército invasor, sino el justo cansancio de la nacion de los que la han gobernado y la están tiranizando en los Estados, facil es entonces confundir el despecho con la idea del deshonor.

Por lo demas, la paz de Luneville, de Campo Fermio, de Basilea y todas las paces de este mundo, seguramente no se han hecho al paladar de los que perdieron en ellas, por que todas han tenido por prólogo las derrotas, para valerme de la frase del Sr. Otero; y qué ¿ahora ha nacido el Sr. Otero, ó se fascinó en un momento creyendo que escribia á gentes que no sabian la historia del mundo?

Atendidas las instituciones, atendida la intelijencia que se las ha dado, atendida la mala fé de los que han gritado la paz y la guerra, habia sido y es mi opinion, que esta se hubiera hecho con mejor ec-sito [como decia desde el año de 44 y promoví tanto en la revolucion de 46] empeñando los bienes raices de toda la nacion para conseguir un préstamo capaz de convertir la deuda y levantar el crédito nacional de modo que no se hiciese la guerra con la ruina de la generacion presente, sino haciendo concurrir á ella los futuros y crecientes elementos de las generaciones venideras, interesadas como la que hoy vive: trayendo armas y sargentos y oficiales peritos y acreditados, de los que se han distinguido recientemente en España y en Argel y en Cracovia y en China.

Esto no tendria nada de nuevo en el mundo; esto han hecho todas las naciones: esto hicieron los Estados-Unidos para su independencia y para repeler la invasion de 1815: hasta un Miranda, hijo del Peru, fué uno de los generales que se distinguieron al servicio de la República francesa en las campañas del Rhin. Sobre todo, hacer las reformas de nuestra legislacion para atraernos las simpatias y las emigraciones de los demas pueblos, al mismo tiempo de defenderse con las armas y este fué el programa de la administracion de ¡Agosto del año pasado que se desgració por causas que todos saben.

En cuanto al plan de campaña: dividir el ejército en algunos cuerpos y dadolos á mandar en gefe á generales los mas acreditados, ó los que se hayan manifestado mas deseosos de gloria, para que en combinacion entre si, ó separadamente, obrasen sobre el enemigo y el Sr. general Santa-Anna con la fuerza de su voluntad, con su prestigio y su patriotismo, mirase la campaña en su totalidad, les designase el rumbo de sus operaciones y quedando en su sola investidura de Presidente cuidase de que no les faltasen los recursos, de que se cumpliesen las leyes con la mas severa observancia, y de situar oportuna y conveniente y abundantemente inmensos almacenes

provistos de todo cuanto es necesario para sostener una guerra prolongada, reponiendo v reforzando sin cesar esos cuerpos de ejército, á fin de que cuando las pérdidas del enemigo y las nuestras fuesen iguales, tubieramos siempre la ventaja de hacer la guerra en nuestra casa. Este sistema fundado en el dato infalible de que aun cuando ganaran en uno ó mas encuentros, no nos habian de matar á todos, era el fundamento de mi fé en el triunfo de México. ¿Por qué faltó? por que esto tiene una sencilla condicion pero sine qua non, que es, la de querer. Si la nacion quiere, todo está hecho aunque ya no tenga soldados ni cañones; Si no quiere. . . en vano gritaremos y nos cansaremos gritando el Sr. Otero y yo.

Por eso la cuestion al leerse este escrito y el del Sr. Otero y los de todos los que no son los que mandan, no debe ser si quieren la guerra, sino si creen en ella. Mi voluntad en la parte que le importa á mi nacion como su representante, facil es de pensar cual será cuando censurado por alguno de mis compatriotas por las concesiones que en esta vez se hacian á los Estados- Unidos y despues de ponerse la cuestion como la puso el gobierno mexicano y sus comisionados, tubo el asesinato y el saqueo por toda respuesta: facil es de presumirse cual será mi opinion, recordando mi renuncia por no tratar con unos hombres falsos, que á la hora de declarase van descubriendo que no era Tejas el pleito, ni tampoco el engrandecimiento de territorio, sino la humillacion de su vecino exijiendole su firma para lo que ya le han robado: facil será de presumir mi simpatia con unos monstruos; verguenza de la humanidad, que euando en otras partes se estan apurando los medios de hacer instantanea la pena de muerte, que no acaban de abolir, estos inventan y presencian la agonía mas prolongada y traen á México espectáculos de martirio que dejan muy atras á los salvages y á los Tiberios y á los Dioclecianos. En fin ¿qué opinion se puede tener de una nacion que se deja despojar por esta clase de hombres sin ciencia militar y en número de diez ó doce mil?

Es inexacta sin embargo la especie que asienta el Sr. Otero de que el ministro de relaciones tenia dicho que no trataría con el enemigo hasta que hubiera evacuado el territorio. Jamas dije semejante desatino y si las negociaciones no se ajustaron enteramente en todos sus puntos á las primeras instrucciones y á los deseos del gobierno, aunque en esto no habria inconsecuencia, como lo comprenderá cualquiera

que comprenda la cuestion, esta es otra prueba de lo dicho y si fuera una falta, no es leal de parte del Sr. Otero imputar al solo ministro de relaciones lo que era obra de la administracion, como no lo seria de mi parte imputar al Sr. Otero acuerdos de la mayoría del congreso.

Yo desearia saber si en el gobierno que pinta el Sr. Otero al concluir su escrito ha tenido el ánimo de que se entienda retratado el gobierno del general Santa-Anna con colores opuestos, por que entonces, no es el gobierno del general Santa-Anna el que perderá en ese inexacto retrato, sino el pintor, desmentido por las facciones conocidas del original. ¿El gobierno del general Santa-Anna tomó la guerra por pretesto para despedazar la constitucion? Si lo hubiera querido el general Santa-Anna ¿quién se lo hubiera impedido? El mundo está viendo que la constitucion está en pie y el general Santa-Anna dejó espontaneamente el poder, ¿él es sin embargo el sacrificador y ella la víctima? Si tal fué la intencion del Sr. Otero, ya no hay modo de entenderse en este. . . desgraciado pais. No es la calumnia, ni la ingratitud lo que yo reclamo; es una falta en política que puede traer funestas consecuencias, por que si tan á las claras se ha de mentir, si al militar herido ó prisionero se ha de confundir en una generalidad mentida é injusta, si al ministro que ha salido mas limpio que lo era antes de entrar, que ha espuesto su reputacion y su vida, no se le tiene ni aun consideracion, si al gefe del Estado fiel á sus juramentos se le ha de sacrificar á lo sonoro de una frase y á una pretension de popularidad ¿qué estímulos se dejan á la virtud? ¿y qué hay que esperar de todo funcionario cuya virtud no sea firme y que no se haya propuesto por única recompensa la tranquilidad de su conciencia?

Una de las anécdotas que refiere el Sr. Otero es, que una persona en el mes de Enero le hizo juiciosas reflexiones reprobando la marcha á la Angostura del ejército de S. Luis y dejar desguarnecido el camino de Veracruz á la capital: que las hizo presentes su Señoría en el congreso y refiere esta historia de una manera vaga é impersonal y sin decir de quien habla, dejando por lo mismo espuesto el ánimo del lector á caer en el general Santa-Anna, sobre quien parece que ha sido el espíritu del escritor se acumulen todos los males ocurridos y por ocurrir, aunque eficientemente los hayan hecho otras personas; asi es que hay dos cosas que contestar aquí. ¿Qué tenia que hacer el general Santa-Anna con que no se tomaran providen-